



ALMAS DE POLVO Y GAS

Jesús Salvador Giner
jsginer@gmail.com

Fácil de ver para quien vive en lugares poco urbanizados, el trazo esquelético de la Vía Láctea es el símbolo más plástico y eminente de la enormidad del Universo. Revela nuestra ubicación en el mismo, el modo como se organizan millones de astros y representa la unidad cósmica por antonomasia. Nuestra Vía Láctea permite entender qué somos y dónde estamos, dentro del aparente infinito del espacio-tiempo.



CAMELLOS DESCANSANDO EN EL DESIERTO BAJO LAS LUCES DE LA VÍA LÁCTEA. (NATIONAL GEOGRAPHIC)

Fácil de ver para quien vive en lugares poco urbanizados, el trazo esquelético de la Vía Láctea es el símbolo más plástico y eminente de la enormidad del Universo. Revela nuestra ubicación en el mismo, el modo como se organizan millones de astros y representa la unidad cósmica por antonomasia. Nuestra Vía Láctea permite entender qué somos y dónde estamos, dentro del aparente infinito del espacio-tiempo.

Maravilla siempre. La mires donde la mires, a poco oscuro que sea el firmamento, domina los cielos en los solsticios y amaga con querer protagonizar igualmente los equinoccios. No hay nada tan grandioso por la noche:

por brillantes que sean las estrellas, por luminoso que atraviese un bólido, por hermosa que luzca una cabellera cometaria, nada se compara al espinazo de gas y polvo, luz y oscuridad, que parece partir en dos el cofre redondo del mundo nocturno.

En estas fechas de puro invierno emerge del mar Mediterráneo, en nuestras latitudes, poniendo a la vista el cuadrilátero de Orión, en cuyos puntos opuestos resplandecen, como sabemos todos, las gemas amarilla y blanca de *Betelgeuse* y *Rigel*. Los otros vértices los ocupan *Bellatrix* y *Saiph*; entre ellas, el celeberrimo cinturón de Orión, del que parece colgar una lágrima

gaseosa, la no menos conocida M42, la gran Nebulosa.

Fácil de ver para quien vive en lugares poco urbanizados, el trazo esquelético de la Vía Láctea es el símbolo más plástico y eminente de la enormidad del Universo. Revela nuestra ubicación en el mismo, el modo como se organizan millones de astros y representa la unidad cósmica por antonomasia. Nuestra Vía Láctea permite entender qué somos y dónde estamos, dentro del aparente infinito del espacio-tiempo.

Maravilla siempre. La mires donde la mires, a poco oscuro que sea el firmamento, domina los cielos en los solsticios y amaga con querer protagonizar igualmente los equinoccios. No hay nada tan grandioso por la noche: por brillantes que sean las estrellas, por luminoso que atraviese un bólido, por hermosa que luzca una cabellera cometaria, nada se compara al espinazo de gas y polvo, luz y oscuridad, que parece partir en dos el cofre redondo del mundo nocturno.

En estas fechas de puro invierno emerge del mar Mediterráneo, en nuestras latitudes, poniendo a la vista el cuadrilátero de Orión, en cuyos puntos opuestos resplandecen, como sabemos todos, las gemas amarilla y blanca de *Betelgeuse* y *Rigel*. Los otros vértices los ocupan *Bellatrix* y *Saiph*; entre ellas, el celeberrimo cinturón de Orión, del que parece colgar una lágrima gaseosa, la no menos conocida M42, la gran Nebulosa.

Al lado del cazador brota la fantasiosa constelación de Unicornio y, sobre ella, aparece un can, un lindo perrito de aspecto simpático. Otro perrito, éste algo más agresivo, se sitúa bajo el animal fabuloso, persiguiendo a una indefensa liebre que corre para salvar la vida bajo los pies del egregio Orión. Ambos canes lucen una peculiaridad: albergan en su lomo dos de las más luminosas estrellas de todo el cielo: *Proción* y *Sirio*. La primera tiene un nombre que viene a significar “antes del perro”, es decir, se deja ver antes de que aparezca el otro perro, su hermano mayor; Sirio, por su parte, es el diamante del cielo, el astro más brillante después de los cuerpos del Sistema Solar. Hesíodo la calificó como la estrella “que brilla en muchos colores”, y es cierto que despide chispazos de gran variedad cromática.

El ramal invernal de la Vía Láctea prosigue hacia “abajo” y hacia “arriba” con innumerables hermosuras, pero sería farragoso comentar todo lo que ofrece. Mejor un buen anorak, una guía del cielo y los ojos de cada cual para descubrirlo.

Pero esa inmensa cola de gas y polvo que vemos y llamamos “Vía Láctea”, ¿qué es? Sabemos que es el hogar de miles de millones de estrellas engarzadas y apiñadas. Sabemos que gira, que da vueltas en torno a sí misma, que viaja, se acerca y aleja de otros sistemas galácticos parecidos. Sabemos que brilla (y brillará) por largo tiempo, está compuesta por luces y sombras, materia luminosa y oscura, visible y oculta. En ella, como pequeñas células, aparecen y se esfuman estrellas y planetas. También sabemos que lo que hoy vemos puede estar ya extinguido. Sus brazos espirales guardan tesoros que desconocemos aún en su mayoría, y tras la creación de astros como el Sol los retazos sobrantes de gas se aprovechan para formar mundos, para componer entornos que pueden llegar a ser infernales o paradisiacos.

Una galaxia es como un ser humano. Como una estrella. Como un pedazo de hoja. Cambia la escala, de enorme e inconcebible a diminuta y apenas visible, pero todo es lo mismo: nacimiento, juventud, madurez, vejez, muerte. Ella, ellas y nosotros pasamos por las mismas etapas. Por la Vía Láctea corren astros que le dan luz, forma y masa; por esos mismos astros circula el gas que les proporciona la energía; por nosotros discurre la sangre que nos permite transportar los nutrientes y ver, respirar, sentir y leer. Repetimos: cambia la escala, pero eso es todo.

Y aún más. Como buenos hijos de estrellas que somos, hay en nosotros pequeñísimas (pero reales y auténticas) porciones de nuestras madres. ¿En plural? Sí, no tuvimos sólo una progenitora cósmica: el Sol es una estrella de segunda, tercera o quizá cuarta generación, la última de una estirpe de luminarias que, con sus ciclos rápidos de creación y destrucción, sembró el espacio galáctico con materiales pesados; el Sol, como hijo espabilado que es, todo lo que hizo fue aprovecharse y apoderarse de la riqueza del entorno. Las estrellas

que pusieron las semillas de quienes son ahora el Sol, los planetas y nosotros mismos, viven hoy apagadas en desconocidos rincones de la Vía Láctea, tenues y discretas enanas blancas que ya nadie recuerda, pero sin cuya función no estaríamos aquí. Literal y absolutamente.

Hay nitrógeno en nuestro ADN, azufre en las uñas, hierro en la sangre, calcio en los dientes, carbono y oxígeno que corren por nuestras venas... esos elementos que nos forman, que están en nosotros, tienen una larga vida pasada que excede los límites de la Tierra y del Sistema Solar. Vienen del más allá. Los forjaron interiores estelares poderosos, hornos de gas incandescente que tuvieron vidas agitadas y emocionantes.

Para que nosotros hoy vivamos, para que podamos admirar el cielo, reír, hacernos preguntas, amar y soñar,

tuvieron que morir astros gigantescos. De esas cenizas, de los materiales que los corazones de las estrellas expulsaron al espacio como vómito fértil, aparecimos en última instancia nosotros.

¿Hay otro modo de conexión con el Universo más grandioso? Sentir que todo en nosotros viene de allí arriba, que nos nutre y conforman pedacitos de estrellas, que nuestras madres primigenias ya fallecieron pero que aquí estamos, sus hijastros, para honrarlas y elogiarlas como un niño huérfano que contempla el ocaso y piensa dónde estarán sus desaparecidos padres.

Pues allí arriba están, ¿los veis?. Los progenitores de todos nosotros. Ellas y ellos, padres y madres, brillando, como almas de polvo y gas, en el espinazo brillante de la Vía Láctea.



Advertisement for A. Camarena Joyería y relojería. The ad features a list of watch brands: ZINZI, FINOR, CITIZEN, BULTACO, RACER, WIZO & OPO, ORIENT, SEARS & ROEBUCK, and Disney. It also shows two watches: one with a white dial and black bezel, and another with a black dial and red strap.